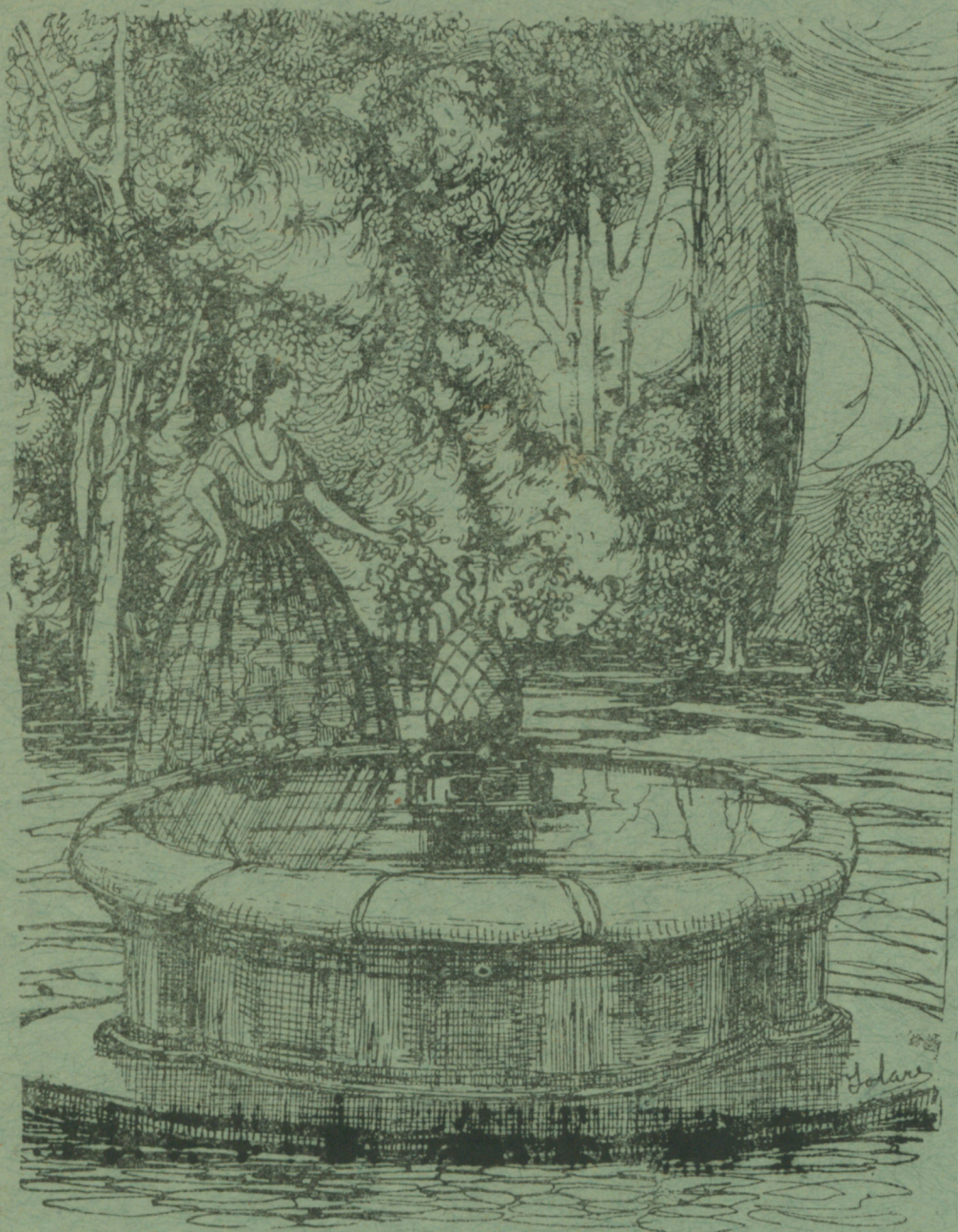


CORRIDO DE TERESITA



En una hermosa casita
rodeada de lindas flores
allí vivía Teresita,
la dueña de mis amores.

Era una joven tan bella
que nació en aquel lugar,
me enamoré tanto de ella
que un día me la fuí a robar.

Atardecía en aquel día,
ya empezaba a anochecer,
era tempestuosa y fría,
fué hasta muy noche llover.

El trueno de vez en cuando
se oía lejos retumbar
y nosotros caminando
a pesar del temporal.

Caminando por un monte,
llegamos a una llanura
en dirección hacia el Norte
cuando la noche era oscura.

Cansados de caminar
por escabrosas veredas
paramos a descansar
a orillas de una pradera.

Aquella noche sombría,
rendidos ya de cansancio,
Teresa triste me decía;
dejé mis padres amados.

Lejos de aquella casita
y sin que nadie nos viera
le dije yo a Teresita
que un abrasito me diera.

Ahora qué haremos, Dios santo
asustada me decía,
en este lóbrego campo
mientras aclarece el día?

Teresa, no tengas miedo,
por aquí en estos lugares,
le pediremos al cielo,
que nos perdonen tus padres.

Debajo de un arbolito
me abrazó mi Teresita
y también me dió un besito
con su graciosa boquita.

El cielo se despejó
casi ya en la madrugada,
hermosa la luz se vió
de la luna que a'umbraba.

Se hallaba la hermosa luna
a mitad de su carrera,
como esa noche no hay una
que en mi vida ya existiera.

En mis brazos estrechada
Teresita me besó,
y rendida de cansada
poco a poco se durmió.

La acosté con mucho tiento
sobre aquel verde pastal,
y la cubrí del frío viento
que no fuera a hacerle mal.

Qué hermosa alfombra tenía
como lecho Teresita,
un césped mullido y verde
con mil y una florecitas.

Un ruido de vez en cuando,
se oía entre los matorrales,
y alerta yo vigilando
contra fieros animales.

Sobre una piedra sentado,
sin dormirme para nada,
con Teresita a mi lado
por todas partes miraba.

En nuestro derredor había
árboles por todos lados,
bajo uno de estos dormía,
sus ojos entrecerrados!

Ya lejos de ahí se oía
el cántico de los gallos,
ya la luz del nuevo día
daba sus primeros rayos.

Vámonos ya, Teresita,
vámonos a caminar,
ya dejamos tu casita
donde te iba a visitar.

Despertó como asustada
cuando yo la levanté,
tan triste y desconsolada,
que al momento me asusté.

Que tienes, Teresa mía,
luego yo le pregunté,
mira que la luz del día
muy hermosa que se vé.

Mirando por todos lados
me decía muy afligida;
yo de mis padres amados
era una hija consentida.

Teresa, caminaremos
hasta el fin de la jornada,
que muy pronto llegaremos
a una villita cercana.

A un pueblo por fin llegamos,
allí hicimos nuestro nido,
y unidos en santa paz
vivió Teresa conmigo.

PEDRO GARCIA.

REGISTRADO POR E. GUERRERO

